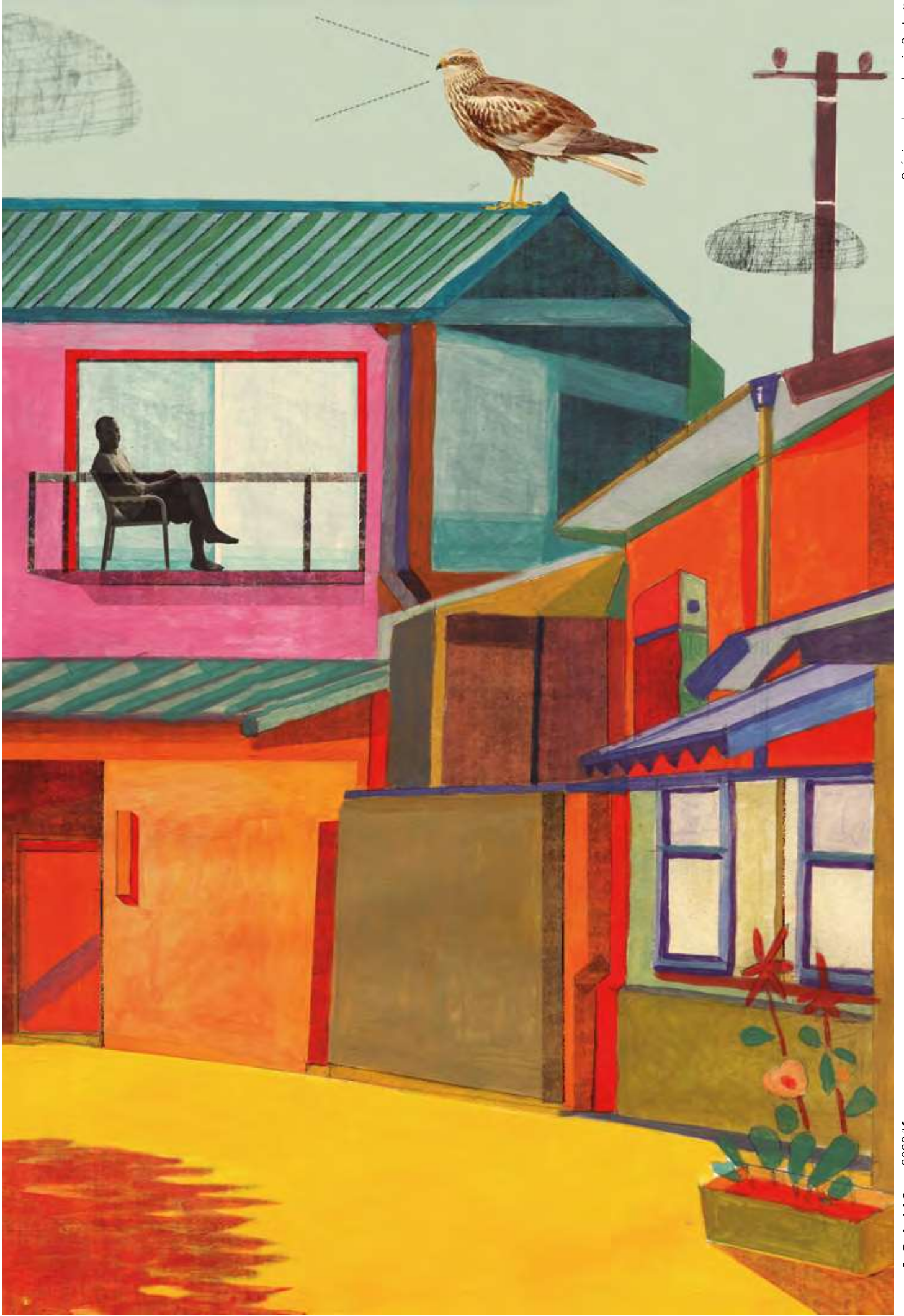


CRÓNICAS DE PANDEMIA | 2

Hernán Ronsino

Nació en Chivilcoy en 1975, pero desde 1994 vive en CABA. Coeditó la revista epistolar *En Ciernes* y publicó las novelas *La descomposición*, *Glaxo* y *Lumbre*, traducidas al francés, italiano y alemán.

Me enteré por una vecina en la calle, yo iba cargado con compras del mercado, la ciudad se movía vertiginosa porque algo iba a ocurrir -no estaba muy claro cuándo- pero algo iba a ocurrir. Estaba por entrar a mi casa y una vecina con la que nunca hablo, ni siquiera nos saludamos habitualmente, me dice (en su cara había una profunda consternación que la llevó a hablar con el primero que se le cruzó): "hay que guardarse", largó sin dejar de caminar. La decisión se había tomado. La cuarentena obligatoria. Pero, ¿qué significaba eso? Quedarnos encerrados. ¿Qué significaba eso? Al otro día, el primer día del confinamiento, abrí la ventana y el chino de enfrente estaba abierto. Al despertar el chino seguía ahí y eso me dio una calma. Es decir, algunos mojones de la vieja cotidianeidad se mantenían. Y también, como si fuera una vibración, un nervio vital de la ciudad, la circulación, más espaciada, de los colectivos generaba una sensación de convivencia entre lo distópico y lo familiar a la vez. Como cuando se visitaba una habitación desarmada en la casa natal. Una habitación que había sido de alguien, un hermano, por ejemplo, y ahora se mostraba desarmada.





Al tercer día del confinamiento descubrí en el balcón de enfrente de casa, más o menos era un quinto piso, parado sobre la baranda de fierro, un pájaro enorme, extraordinario para la ciudad. En el balcón de arriba había un hombre mayor sentado en una reposera, detrás de unas plantas deprimidas, mirando el cielo. No podía imaginar que abajo suyo había semejante pájaro.

Esa convivencia me resultó novedosa. De inmediato quise saber qué clase de pájaro podía ser. Le saqué una foto, sentí por un momento que el pájaro me miraba. Y empecé a buscar por Internet algún parecido. Lo que más se aproximaba era un aguilucho de un pelaje marrón claro. Me quedé mirándolo un rato largo. Por momentos la quietud del pájaro y la del hombre mayor del piso de arriba se parecían. Una armonía semejante a la que atravesaba la ciudad y que provocaba cierto escalofrío. Entonces, el pájaro se largó de pronto a un vuelo comedido que lo llevó a un árbol frondoso.

La ciudad abría, como en otras zonas del mundo, un espacio para que esa naturaleza siempre reprimida pero también, como dice Martínez Estrada, siempre amenazando como una sombra a la urbe, se despertara poco a

poco. Entonces pensé, inevitablemente, en Hudson. Y me puse a buscar un libro hermoso: *Aventuras entre pájaros*.

La edición que tengo la había conseguido en una librería de usados que comenzó a funcionar sobre la calle Uruguay, en un local que antes vendía oro. Lo curioso era que en ese local ahora funcionaba una librería de usados. Todavía se leían las letras impresas en el vidrio de la ventana: Oro, compra-venta. Tal vez entré atraído por esa extraña combinación. Y una de las primeras cosas que vi fue esa edición de *Aventuras entre pájaros* editado por Santiago Rueda. El pie de imprenta dice que se terminó de imprimir el 22 de septiembre de 1944. Es decir, el peronismo era un acontecimiento en ciernes, vertebrado en partes, sin la presencia pública que tendrá después del 17 de octubre. Faltaba un poco más de un año.

Ahora que vuelvo al libro motivado por ese aguilucho, descubro muchas marcas (esas marcas que se acumulan por los sucesivos dueños, que se apelmazan como el tiempo en esas páginas amarillas); son marcas que no había visto antes o que no recordaba. Fragmentos subrayados y comentados. Pero lo más inquietante es la irrupción de un dibujo a lápiz en una página en blanco, en el final del capítulo "Reuniones numerosas de grandes pájaros". En ese capítulo, Hudson cuenta una anécdota sobre el chajá. El naturalista Lydekker después de leer una escena sobre los chajás en *Un naturalista en el Plata*, montado a caballo se abrió camino por las pampas en busca de esa reunión masiva: quería percibir, a su vez, el canto coral. Sentir lo que describe el propio Hudson cuando al atardecer los pájaros remontan vuelo cantando todos al mismo tiempo, cuarenta o cincuenta chajás, "quien oye eso se siente sacudido por la tempestad del sonido y la tierra misma parece temblar bajo sus pies". Lydekker buscaba esa experiencia, esa vibración. Pero a medida que avanzaba por el campo, a medida que recogía testimonios de lugareños iba descubriendo que esas reuniones masivas de chajás no existían, que lo narrado por Hudson, cuenta el propio Hudson, era pura fantasía. Aunque con el tiempo, "porque los naturalistas nos amamos los unos a los otros", Lydekker descubre que en las épocas de sequía, efectivamente, el chajá formaba esas reuniones masivas y confirma que lo narrado por Hudson había sido cierto. Más allá de esa controversia, hay un cuadro hermoso pintado por Hudson en esa escena: un hombre montado a caballo, siguiendo la huella abierta por un libro, buscando una reunión masiva de grandes pájaros.

Al final de ese capítulo, entonces, aparece el dibujo que antes no había visto, que descubro en esta lectura de cuarentena. Un dibujo a lápiz que resiste en el tiempo. Del cuerpo de un hombre desnudo saltan dos cuerpos más, como si fueran sombras o reflejos que se expanden;

el hombre y sus sombras expandidas tienen rasgos de monos, bailan desnudos y exhiben entre las piernas, espadas filosas y erectas. Lo único que llevan puesto es un cinturón que dice: CGT. Vuelvo a pensar entonces en el pie de imprenta: 22 de septiembre de 1944. El dibujo pudo haber sido hecho muchos años después. O incluso después de la caída de Perón. Pero la referencia a la CGT y no al peronismo, o a alguno de sus símbolos, me hace pensar que pudo haber sido una lectura incluso previa al 17 de octubre. Una lectura que ya estaba previendo, claramente, lo que suponía ese "aluvión" y que detectaba a la CGT como el eje vertebral de la organización de los trabajadores. El nuevo brote de la barbarie del siglo XIX reencarnada en esos monos violentos que llevaban, como antes la insignia rojo punzó, ahora las siglas de la CGT.

Hudson es, para Martínez Estrada, un buen exponente de esa pampa que, por un lado, se ve amenazada por el progreso y, como consecuencia de eso, perdura en su insistencia, acechando a la urbe. Es el personaje nostálgico que ha perdido su reino, esa pampa que acecha como una tormenta en el horizonte. En cambio, el peronismo, esa *transfiguración* popular que encarna el peronismo (ese peronismo que pone, como dice Santoro, al goce del pueblo por encima del sacrificio), retorna, como los pájaros de la pampa, para discutir el orden de las cosas. Para interrogarlo. Y es, a su vez, la pulsión transformadora que abre zonas, grietas, fisuras por donde la democracia se amplía, o se reinventa, por donde se meten los que estaban afuera.

La pandemia es una gran oportunidad, en manos de un peronismo que ha retornado, para repensar las estructuras más profundas y arraigadas de poder de la Argentina. Refundar una estructura política, social y económica que tenga un efecto democratizador. Estimando la relación, que al propio Martínez Estrada no le gustaría nada, pero que se desprende de sus lecturas, hay un modelo de concentración geográfica y económica que habría que repensar profundamente. Como plantea en *La cabeza de Goliat*: "Si demoliéramos ladrillo a ladrillo la ciudad de Buenos Aires, como se desmonta un mecanismo pieza a pieza; si cerráramos los puertos e hiciéramos retroceder los ferrocarriles hacia las estaciones mediterráneas; si cortáramos toda comunicación con Europa inaugurándola sin restricciones y con clara conciencia americana con los demás países de América, ¿cuál sería la suerte ulterior de la República?" No es menor que esa pregunta Martínez Estrada se la haga antes del peronismo. El peronismo lo pondrá en una posición cercana al de un "moralista en el burdel", como lo definía Pedro Orgambide. Pero, más allá de esa posición personal, siguiendo sus lecturas se desprende una necesaria refundación de las estructuras de la patria.



Hoy en día pensar esa refundación es desplegar, en principio, una imaginación utópica. Y en esa imaginación utópica, por ejemplo, la reinención del ferrocarril y el desarrollo de la ciencia emergen entonces como matrices fundantes de esa nueva trama. Lo han planteado en *Vías argentinas*, un hermoso trabajo de hace unos años, Horacio González, Matías Rodeiro, María Pía López: volver a pensar en las complejidades de la técnica y su relación con el saber. Una refundación de la patria que sólo el peronismo como fuerza popular que se *transfigura*, que retorna, que busca, insistente como el agua, abrir fisuras, grietas para generar espacios comunes, de encuentro, puede hacer.

La pandemia derrama, por un lado, una crisis mundial enorme y pone, a su vez, por delante una oportunidad trascendente también para repensar las bases sociales de la Argentina. Para que esa reunión masiva, popular, esa reunión de grandes pájaros en tiempos de sequía, configure nuevamente una experiencia histórica y que, como describe Hudson, "quien oiga eso se sienta sacudido por la tempestad del sonido y la tierra misma parezca temblar bajo sus pies." ■